

EL ARCA

Semanario religioso, social, literario y de intereses generales

CON LICENCIA ECLESIASTICA

Editor - Administrador: J. Ismael Cordero

Se publica los sábados

La suscripción por serie de 12 números vale 75 céntimos

El número suelto vale 10 céntimos

AÑO I

HEREDIA, COSTA RICA, SABADO 10 DE ABRIL DE 1915.

Nº 43

QUE HEMOS VISTO?

—+—+—+—
TODOS los años, en la época corre pondiente, con la misma ritualidad de oficios y ceremonias, conmemoran los pueblos cristianos del universo la pasión y muerte del Salvador del Mundo.

Todos los años, en la época correspondiente, con la misma regularidad asistimos a la gran representación que desde ha siglos se repite y que parece nueva, que parece fresca, cual si fuese la primera vez que se efectuara.

Desde la infancia hasta la senectud nunca se extinguen de nuestras intimidades las saludables impresiones en ellas depositadas por los días de la Semana Santa.

La palma bendita, de áureos esmaltes al simbrarse por lo alto, evocando la entrada de Cristo a Jerusalén, nos muestra desde la niñez la vanidad de los triunfos terrenales y nos revelan cuán próximo se halla el cielo azul de las glorias vanas al océano insondable de los dolores eternos. Viendo a Jesús un día vencedor, caballero sobre su asnillo con los nimbos que le descubría nuestra fe, aclamado, bajo bóvedas de palmas y sobre alfombras de rosas, aprendemos por anticipación de nuestros sentimientos como pasa el favor de un pueblo, dispuesto siempre a coronar gozoso y alegre hoy, al mismo que crucificará irritado y ciego el día siguiente.

* * *

Y pasan con todas las san-

tas e inmarcesibles remembranzas, llenos de escenas imperecederas para el corazón humano el lunes, martes y miércoles. En este día las lamentaciones de Jeremías, los versículos del miserere nos acostumbran a entrever sin horror desde los matutinos crepúsculos de la infancia, el fin de la existencia, considerándolo como el misterioso puerto donde anclará la vida por toda una eternidad.

* * *

Todo cambia el Jueves Santo: La Santa Iglesia presenta un aspecto por completo contrario, al parecer, al de la Iglesia de los anteriores días. El color blanco sucede al color morado; los crucifijos vestidos de oscuro, se ciñen de sedas albas cual blanquísimos lirios elevados en sus augustos altares; el centelleo de las velas y de las lámparas reaniman el templo; repican las campanas a gloria en lo alto de las torres y las trompetas del órgano llenan el aire del recinto; los sacerdotes vestidos con sus dalmáticas y copas pluvia es levantan los cálices de oro a un cielo de regocijos entre nubes aromosas despedidas por los incensarios y elévanse sonoros, sacros himnos de alabanza. Esa indefinible alegría espiritual es debida a la conmemoración de aquella Cena, donde nuestro Redentor, al despedirse de su apóstolado, trasfundió su divino espíritu en nuestras venas carnales y nos dió con su verbo, — más fecundo que el soplo que levantó a Adán en

el Paraíso,—una alma completamente manumitida del yugo de la materia. un espíritu dispuesto a fundar aquí la justicia digna de poseer, por sus virtudes y por sus ideas en otro mundo mejor, la bienaventuranza eterna.

* * *

Pero si el jueves todo es alegría y regocijo antes de la prisión del Redentor, ya el viernes todo es luto. ¡Cuánta emoción se experimenta en los santos oficios y al observar el tenebrario con sus candelas amarillas, el velo morado repuesto ante los retablos del altar desnudo....!

Todas las religiones habían sido hasta el Cristianismo religiones donde se divisaba la fuerza con sus privilegios y se rendían viles al combate y al triunfo con sus excesos. Únicamente Jesucristo levantó sus manos para bendecir, ha tenido corazón para querer, ha predicado el olvido de las injurias y el amor de nuestros enemigos, ha bebido la hiel y vinagre de todas nuestras amarguras y ha muerto siendo la creación, siendo la vida, por emanciparnos y por redimirnos. Así el Viernes Santo; triste, lleno de luto y de una desolación horrible cuando solo hay espacio para pensar en las postrimerías de cada mortal, sobre losas de sepulcro, ante crespones negros, el órgano y campanario mudos, desnuda la Cruz, María solitaria o con su hijo yerto entre los brazos, el celebrante de la misa reza en canto llano y plañidero por todas las naciones, por los judíos, por los herejes, por los idólatras, por los paganos que no han sabido abandonar sus errores y por cuantos yerran, cumpliendo así las máximas del Sermón de la Montaña, con el fin de que las ergástulas se abran, los tormentos y patibulos se cierren, las cadenas se rompan, los muertos resuciten, y el amor a Cristo, así en su divinidad como en su

humanidad, sea uno dentro de la paz universal.

Es indudable que toda nuestra religión respira libertad y amor, desde los cánticos del *magnificat* de los Evangelios hasta el Cántico de Moisés en la Biblia.

* * *

No; no hay pueblo católico en este nuestro querido país que—con raras y muy contadas excepciones personales,—haya visto o vea con indiferencia la solemne conmemoración que anualmente repite y que anualmente se revive en nuestro espíritu las incomparables escenas de la pasión, muerte y gloriosa resurrección del amado Salvador del mundo.

El Santo Sacrificio

—+—+—+—

IOH pavoroso cataclismo!

El orden de la Creación perturbado; el equilibrio perdido; trastornadas las leyes universales; el mundo desquiciándose convulsivamente; el cielo escondiéndose; la tierra sumida en negras tinieblas... Horrisono terremoto hiende los montes y divide las peñas. Ronco estampido llena el espacio. Es el trueno que aturde, acompañado del relámpago que ciega.

Se abren los sepulcros, se rasga el velo del templo en dos partes; el Universo se hunde bajo el peso del más horrendo y cruel de los crímenes.

Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu.

¡Se perpetró el deicidio! ¡Se consumó el sacrificio!....

Después se rasgó una nube y llegó a la tierra un rayo de luz.

Aquellas tinieblas no eran las de la noche eterna.

La Víctima inocente, inmaculada, se inmoló para satisfacer a la Justicia infinita por nuestras iniquidades.

Y la Divina Misericordia envió a la tierra un rayo de

luz como para decirle a la Humanidad:— "Cree y espera".

Y asomó una nueva aurora con resplandores emanados de la Ley de Gracia.

La hoguera encendida en el Gólgota es fuego ardiente que se propagará para purificar a las almas.

Es el Santo Sacrificio que se repetirá hasta la consumación de los siglos.

Y hasta la consumación de los siglos podrá el hombre ofrecerlo todos los días al Eterno Padre para alcanzar misericordia.

Y cuando el desorden se apodera de nuestra voluntad y cuando el dolor y la desgracia abruman a la familia y cuando las convulsiones sociales destruyen la paz de los pueblos, sigue elevándose la Sagrada Víctima en nuestros altares dispuesta a abrazar al hijo pródigo, pronta a recibir a los pueblos que vuelven a Ella sus ojos, y ansiosa de abrir los tesoros de las divinas misericordias.

Pero ¡ay! que apesar de repetirse entre nosotros el Santo Sacrificio, no se parte la peña de nuestra contumacia, más dura todavía que las piedras que se rompieron cuando aquel se consumó en la cumbre del Calvario.

No es el incienso de la oración el que ahora se eleva por los aires, sino la bruma de las pasiones que cierra la atmósfera sumiendo al mundo en las tinieblas del error y enfriando las almas con el hálito glacial del pecado.

Mas ya se rasga la nube para dar paso a un rayo de esperanza.

El mundo está helado, pero un anciano desde Roma señala la hoguera del Calvario, y el pueblo fiel acude a abrasarse con la Comunión frecuente, y hasta diaria, y el fuego de amor se propaga, el fervor crece y la fe amortiguada se aviva.

Hé aquí el rayo de luz y de esperanza que llega hoy a nuestra atribulada Sociedad.

Que las tinieblas que envuelven hoy al mundo no sean para nuestras almas, un preludio de las de la noche eterna.

Rómpase, pues, la roca de nuestro desvío; recojámonos a la sombra de la Cruz; amanezca la nueva aurora de luz vivificante.

Volvamos nuestra suplicante mirada hasta el Cordero inmaculado que quita los pecados del mundo.

Y acuda el mundo a purificarse en la hoguera del divino Amor, y recibirá el ósculo de paz.

SEBASTIÁN J. CARNER.

Historia de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo y de sus apariciones según las Sagradas Escrituras

JESUCRISTO se apareció en el día de su triunfante resurrección nada menos que *cinco veces* a distintas personas, en distintos sitios, en particular y ya muchos reunidos, sin contar la que hizo a su Santísima Madre, de la cual no se puede dudar (aunque no la refieran las Sagradas Escrituras) por ser *un postulado de la razón ilustrada por la fe, una deducción espontánea y natural de las mismas sagradas páginas y la tradición constante y no interrumpida de la Iglesia desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.*

Por lo que, *seis son ya las veces que Jesucristo impasible e inmortal se apareció* a aquellas personas que le amaban y le tenían por Profeta, Mesías e hijo de Dios para quitar toda duda a su resurrección y afirmar en sólidas e irrecusables bases la verdad de su triunfo de la muerte, del infierno y de todos sus enemigos, que, instigados por Satanás, le habían dado muerte ignominiosa, creyendo así poder acabar con él, con su doctrina y con sus discípulos, cuando, a la verdad, no fueran más que instrumentos inconscientes (aun que libres y gravísimamente culpables del deicidio que cometieron) de nuestra Redención, del establecimiento de la Iglesia por medio de los Apóstoles y de nuestra futura y eterna felicidad.

A los *ocho días* de haber resucitado nuestro divino Redentor *se apareció de nuevo a sus discípulos reunidos, estando las puertas cerradas, y poniéndose en medio de ellos, les dice: Paz a vosotros.* Tomás, uno de los doce que el Señor había escogido para el apostolado, y que había dicho, cuando sus compañeros le refirieron que habían visto al Señor ocho días antes, *si no viere en sus manos la hendidura de los clavos y metiere mi dedo en el lugar de los clavos y mi mano en su costado no lo creeré,* se hallaba presente. Por esto el Señor, dirigiéndose a Tomás, le dice: *Mele aquí tu dedo y mira mis manos, dame tu mano y métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel.*

En este relato evangélico se ven dos cosas que llaman grandemente la atención y que parecen contradictorias. Entra Cristo en el lugar donde los apóstoles se reunían a orar estando cerradas las puer-

tas por miedo de los judíos, denotando con esto que el cuerpo resucitado de Cristo disfrutaba de las dotes de los cuerpos gloriosos y por otra parte, se exhibe palpable y resistente cual si aún fuera su cuerpo corruptible. Ser y no ser una cosa a un mismo tiempo y en un mismo sentido es imposible; mas esto no tiene lugar aquí.

Entró Jesucristo con las puertas cerradas en virtud de la sutileza de que gozan los cuerpos glorificados, por la que pueden penetrar otros cuerpos, no sentirse y aun no verse, cual si fueren espíritus; porque la sustancia corpórea, aunque exige por su naturaleza, que unas partes estén fuera de las otras en orden a su misma sustancia, no así en cuanto las dimensiones y a la ocupación de lugar; es decir, que la esencia corpórea es indiferente a ser más o menos grande o a ocupar más o menos sitio, como la naturaleza humana, por ejemplo, se halla lo mismo en un hombre alto que en un hombre chico, y la naturaleza del oro lo mismo en una molécula que en un kilo del mismo metal. Por lo que no hay absurdo alguno en que los cuerpos, por virtud divina, (pues es omnipotente) gocen de las cuatro dotes de *impasibilidad, claridad, agilidad y sutileza.*

Así como Nuestro Señor Jesucristo salió del seno de su Santísima Madre sin lesión de su virginidad, como nos enseña la fe, a pesar de venir a este mundo a padecer, así por el contrario, después de usar el Salvador de la dote de sutileza, de la que estaba revestido su cuerpo, se manifestó palpable y resistente, por ser potestativo a la virtud divina realizar o no, reducir a acto o no, la extensión en orden a que ocupe sitio, sea consistente y ponderable. No habiéndose, pues, manifestado Jesucristo a un mismo tiempo sutil o penetrable y consistente o impenetrable no ofrece absurdo alguno, puesto que es, en cuanto Dios, omnipotente, y por lo tanto puede realizar todo lo que tiene razón de ente. *Surrexit Dominus vere. Resucitó el Señor verdaderamente.* No fué un cuerpo fantástico o aéreo el que se presentó a los apóstoles, sino el mismo de Jesucristo real y verdadero (cual nosotros con nuestros propios cuerpos resucitaremos, como nos enseña la fe, el día de la resurrección de la carne), el cual *exhibiéndose incorruptible nos invitaba al premio, y mostrándose palpable nos confirmaba en la fe,* dice San Gregorio (Homil. 26 in Evang.)

Al oír Tomás las palabras severas de Jesucristo, que reprendían su temeridad e in-

credulidad, es de creer que lleno de confusión alargaría su mano, obedeciendo así a su divino Maestro, y Éste, como indica el texto, tomándosela, la introduciría en la llaga abierta de su costado en virtud de lo cual, y plenamente satisfecho, no sólo confesó a Jesucristo por su Señor y Maestro a quien veía y tocaba, *Dominus meus,* sino que le reconocía y adoraba por su verdadero Dios a quien no veía, en cuanto a Dios, porque a Dios no se puede ver con los ojos corporales, *et Deus meus. Veía y tocaba al hombre,* dice San Agustín, *y confesaba a Dios a quien no veía ni tocaba; mas, por lo que veía y tocaba, quitaba ya toda duda, creía.*

Porque me has visto, Tomás, has creído, le replicó Jesús: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron.* Evidente mente estas palabras se refieren a los que, después de haber subido Jesucristo a los cielos, tenían que creer en Él; porque no nos consta que ninguno de los que creyeron verdaderamente en Jesucristo antes de su Ascensión a los cielos dejara de ver con sus propios ojos a Jesucristo resucitado, al contrario, debemos presumir que todos le vieron, dado que, como dice San Pablo, se apareció Jesucristo a más de *quinientos fieles,* número verdaderamente extraordinario de creyentes para tan pocos días como transcurrieron (40 días) desde la Resurrección a la Ascensión, y sin que se predicara la palabra de Dios, que sepamos, por lo menos públicamente.

Esta es la *séptima vez* que se apareció Jesucristo resucitado, según las divinas Escrituras, contando la que hizo a su Santísima Madre, que, desde luego, como hemos visto, no es posible omitir.

FR. C. C.

El sueño de la mujer de Pilato

CONSTA—porque así lo consigna el Evangelio—que cuando Pilato, erigido en Juez de Jesús, vacilaba entre condenarlo injustamente, por miras políticas, o absolverlo como lo exigía la justicia "porque sabía bien que se lo habían entregado los *principes de los sacerdotes* por envidia", aunque era inocente, Claudia, la mujer del Procónsul, le envió una advertencia relativa a un misterioso sueño que había tenido: "Y estando él sentado en su tribunal,—dice el Evangelista San Mateo,—le envió a decir su mujer: No te mezcles en las cosas de ese justo:

porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa".

¿Cuál fué ese sueño?—Refiere una leyenda fundada en la tradición, que algunos años después del sangriento drama deicida, Pilato, que se hallaba desterrado y en desgracia, recordando en medio de sus terribles remordimientos, el oportuno y despreciado a viso de su mujer, quiso que ésta le refiriese la terrible visión. Ella, aunque temerosa de afligir más a su señor, obedió. Hé aquí las palabras que un distinguido escritor, Monseñor Bounard, pone en boca de Claudia:

—“Pues bien, señor: aquel hombre que compareció delante de tí para ser juzgado, yo lo ví durante la noche, no sé cómo, sobre alturas celestiales, lleno de majestad y de gloria. Me pareció que llevaba cicatrices en los pies y en las manos; pero de aquellas cicatrices salían ráfagas de una luz purísima, deslumbradora. Su rostro brillaba como el sol, sus vestiduras tenían la blancura de la nieve. Legiones innumerables de espíritus formaban a su alrededor como un ejército de estrellas, que despedían una gran claridad y del cual salían armonías inefables. Una multitud inmensa se agolpaba a sus plantas y yo fui testigo de un triunfo tal como jamás se ha visto en Roma. Millones de voces lo aclamaban a un tiempo Rey de los siglos, y yo vi a los siglos desfilando, uno a uno, por delante de Él; sí, todos los siglos del pasado, y todos los siglos del porvenir; un nuevo orden de siglos, que partían de Él y llevaban su signo sobre la frente. Eran muchedumbres inmensas, sin número de hombres, de mujeres, de niños, que venían a depositar sus homenajes de adoración a los pies de aquel Sér extraordinario. Había en ellas soldados, esclavos, emperadores, reyes, emperatrices, vírgenes, viudas, madres, sacerdotes, magistrados; de todas las lenguas, de todas las edades, de todas las condiciones. Venían del Mediodía, del Septentrión, del Oriente y del Occidente, del Asia, del Africa, de las islas lejanas y de regiones desconocidas. Llegaban sin cesar unos tras otros, como las olas del mar: yo no podía contar siquiera el número de los siglos que depositaban sucesivamente a sus pies el oro, el incienso, la mirra....

“Mientras Claudia hablaba, Pilato se esforzaba en vano por aparecer sereno, por sonreírse; mas a pesar de todos sus esfuerzos, sus facciones se contraían, su cuerpo temblaba. Claudia no le veía, tenía los ojos elevados al cielo, como si la visión estuviera

todavía delante de ella, y continuó diciendo:

—“Los dos estábamos allí, señor; los dos contemplábamos aquel desfile celestial, sumidos en un estupor mudo, cuando el Soberano del mundo volvió su vista hacia nosotros. Creo oír aún el acento con que te dijo: “Tú me preguntabas si era rey: ¿soy Rey ahora?...”

“En el mismo instante todos aquellos siglos, todos aquellos pueblos entonaron un himno que llenó los cielos y la tierra. El himno comenzaba con esta palabra: ¡Credo! que repetían después en cada estrofa; lo cantaban a aquel hombre extraordinario, a aquel hombre glorioso que era Dios, Hijo de Dios, luz de luz, verdadero Dios. Lo bendecían porque había bajado de los cielos a hacerse hombre, y al bendecirlo la inmensidad se prosternaba y lo adoraba.... De pronto aquel himno triunfal de los mundos se convirtió en un cántico de sufrimiento, de duelo: las arpas gimieron, la tierra tembló, los cielos se estremecieron, los espíritus velaron su faz y el universo cantó a una sola voz con espanto: “¡Y fué crucificado bajo Poncio Pilato.”

—“Poncio Pilato! ¡Tu nombre, señor; tu nombre, objeto de veneración para mí, entregado a la execración del cielo y de la tierra, de todo lo que es y de todo lo que será!.... Mi conmoción al oírlo fué tan grande que desperté de mi sueño, si aquello era sueño no más; y viendo en él un aviso del cielo, tú lo sabes, señor, te envié con un esclavo el mensaje en que te decía lo que había sufrido por tí, a causa de aquel hombre, que desde entonces era mucho más que un hombre para mí....”

MONS. BOUNARD.

Sección Humorística

La contestación de Pancho

Rincón de Flores, 27 de marzo de 1915.

Señorita Serafina Pirinola
Pirro.

Mi adorada Serafina:

Me deja Ud. perplejo con haberme dicho que hace ocho días no nos vemos. ¡Vaya una broma! Para un sér como yo, cada instante de ausencia de su amada, es un siglo de desdicha. Me dice en su carta, con una gracia que encanta, que su madre continúa cada día más tilinte con su amor. ¡Qué torpeza! De seguro ignora que Ud. me conviene. Sufra con resignación esos jalones de mechas de que me habla, en alivio y descanso de las ánimas benditas; aunque después se los desquite conmigo.

Deje a su mamá que me

trate de “Charchuela” que lo mismo habría sido para mí de “Alcornoque” o “Sacatrapos”. Ud. sabe que hallar en este mundo suegra buena, es más difícil que encontrar una perla, en el mar de los desengaños.

Por fortuna, en esta tierra bendita es costumbre distinguir con sobrenombres a los hombres más famosos; de modo, que no se preocupe. ¿Qué importa que el mundo entero me aborrezca si Ud. me ama? Dispuesto estoy al sacrificio, a morir crucificado por su amor.

No puede Ud. suponer cómo me enternecieron aquellos versos de Jara, que empezaban: “Dos almas que se aman”.... ¡Qué sentimentalismo! ¡Qué espiritualismo! ¡Qué idealismo de joven! Ríase Ud. de la dulzura de los versos de Licho; aquello sí que es cajeta. Si Ud. me hubiera visto en el momento álgido de la emoción, se habría desmallado de lástima. Ese tipo, si no fuera que es tan feo, sería el mejor de todos los yigüirros del Parnaso Herediano. ¿Leyó Ud. los versos que le dedica en EL ARCA Efraim, aquel hijo del Municipio caliente? No la puso a meditar lo que le dice al final? que: “en medio del tormento sueña con el laurel de la victoria”, como si en esos momentos estuviera el desgraciado con ganas de dormir. ¡Qué disparate más garrafal!

Se me fué el alma del cuerpo cuando leí en su carta que ese tal Licho o Bicho le había dedicado unos versos soñados, que es como si me hubiera dicho soñadores, soñolientos o ensueñados. No conozco a ese individuo más que por referencias; pero son tantas las cosas que de él se dicen, que si Ud. no me agrega: “pero ya Ud. sabe que yo no puedo querer a nadie más que a usted”, seguro estoy, que a esta hora, aún no me habría vuelto. Hay quien afirma que es guapo mozo, picaflor e inteligente, que a veces se descarrila, casi siempre cuando está con las muchachas; de modo que nada raro habría sido que esta vez se hubiera descarrilado con Ud. al dedicarle los versos que me envía. ¡Qué versos por Dios! ¡Qué versos! Parecen ser de Fermín. Y me dice Ud. que no me ponga celoso! Bravo es como me he puesto con ese ingenioso táctico. Si yo me pusiera a repetir verso por verso, en menos de diez minutos habría llenado hasta el margen cuatro planillas y media. ¡Qué manera de decir!

“En mis hondas cuitas, en mis hondas cuitas”, “en mis soñaciones, en mis soñaciones”, como si Ud. fuera sorda o tonta para no entender la primera vez.

A una joven no se le habla

de cuitas ni de decepciones! En cambio,

“Yo canto canciones de dulce ternura, sin repeticiones, sin pensar profundo, y miro sonriente las penas del mundo, cuando miro en sueños tu regia hermosa”.

Deseara gastar tres tinteros y dos pesetas en plumas, contándole muchas novedades; pero temo fatigar su paciencia y resentir su mirada con mis palabras, que ya se hacen pesadas y largas; sin embargo como Ud. podría creer que es un pretexto, voy a contarle, a la carrera, que Heredia, aquella ciudad de quien dijo un literato que “parecía una garza dulcemente reclinada en el regazo de la montaña”, alzó el vuelo. Sí, mi adorado tormento, sin saberse cuando ni cómo, progresa de modo maravilloso. Algunos le echan la culpa a don Alfredo; pero tal cargo es injusto porque don Luis Fioravanti afirma (con muchísima razón) que desde que don Rafael Gómez trajo a esa ciudad su bendito y alabado Cinematógrafo y se propuso dar funciones a precios económicos, amenizándolas con discursos improvisados en los entreactos, no se volvieron a ver en aquella tierra más semblantes apagados y se disminuyeron las murmuraciones del prójimo, porque todos se dedican a comentar su habilidad en el manejo del aparato. Desde entonces casi nadie ha visto llegar el sábado sin su buen cuatro en la bolsa para asistir el domingo al “Teatro Gómez Ulloa”; y digo casi porque de los que alguna vez fueron excepciones de la regla se apoderaba tal entusiasmo al ver a Gómez corriendo, pegando en las paredes cartelones alegóricos, refiriendo argumentos de vistas del otro mundo, reparando programas matizados de colores y tocando la campanilla desde la víspera, que se quebraban corriendo tras el cuatro salvador.

Yo no sé si ese cuento es inventado; pero es lo cierto, que hoy es un gusto visitar esa ciudad de las flores y de los cafetos. Allí todo es vida y dulzura y esperanza nuestra.

Adiós mi Serafina adorada, mi Serafina idolatrada, perdone cualquier desliz que haya podido sufrir en esta carta en que le mando como si dijera doblada, toda mi alma.

PANCHO.

POTRERO

Vendo un potrero sito en la Calle del Uriche. Consta de cinco manzanas y tres cuartos, con buena agua; vendo a plazos o al contado.

Francisco Paniagua
Heredia, marzo de 1915.

Don Eduardo Dengo Flores

Con profundo pesar y general consternación, recibióse la noticia del fallecimiento del apreciable y querido caballero don Víctor Eduardo Dengo Flores acaecida al amanecer del domingo próximo pasado en esta ciudad.

La sociedad de Heredia debe al distinguido y recordado maestro muchos y muy apreciables servicios en su infatigable labor, noble y cruel labor que lleva a la tumba, con los sinsabores de la vida, un raudal de lágrimas agradecidas!...

Las honras fúnebres y sepelio del Sr. Dengo se verificaron en la tarde del mismo día de su fallecimiento, habiendo sido esos actos un verdadero exponente del grande y merecido afecto que la ciudad de Heredia guarda por el extinto.

En el Cementerio y ante el féretro, pronunciaron sentidas frases de despedida, por su orden, los señores don Hernán Zamora, don Luis Dobles S., en nombre de la Junta de Educación y del Personal Docente del Liceo de Heredia, y don Maximino Blanco en nombre del Personal Docente de las Escuelas Públicas, el Lic. don Manuel y su hermano don Efraín Sáenz Cordero. Cerramos esta breve nota enviando a la apesurada familia Dengo-Flores la más sentida y cariñosa expresión de condolencia, ya que nosotros recibimos también las bellas enseñanzas del inolvidable maestro señor Dengo, y pudimos apreciar sus aquilatados méritos.

NO CAÍSTE, NÓ

Con motivo de la muerte de mi inolvidable maestro D. Víctor Eduardo Dengo.

*Paréceme escuchar el suave acento
De su sereno hablar enronquecido,
Paréceme sentir el grato aliento
Del caro preceptor, ya fenecido.*

*¡Oh tiempo de inefables alegrías,
Oh instantes que embargaron mi cariño
Como deuda impagable de energías
Que el maestro deposita en cada niño!*

*Todo concluye en el fatal minuto
Que el dedo omnipotente le señala
Y al golpe irremediable y exabrupto
Cayó el varón querido, en hora mala.*

*Bendito a mi pesar ese momento
Si el maestro en vez de caer ha descansado,
Mitíguese siquiera el sufrimiento
Con este mi sentir inveterado.*

*No caíste no, campeón de la enseñanza!
Trocaste sí del mundo la quimera
Por la vida feliz do no hay mudanza
"Acuérdate de mí cuando yo muera."*

J. R. DOBLES.

Heredia, 4 de abril de 1915.

ANTE EL MAESTRO MUERTO PARA MERCEDITAS.

*Las parcas lo quisieron. Cortaron tu existencia,
—y viéronte sin vida los hijos de tu amor,—
y huye avergonzada la diosa de la Ciencia,
ante el aspecto negro del Angel del Dolor.*

*Dejaste cual planeta tu estela luminosa,
alzaste de Atenea valiente su pendón;
pasaste derramando cual pétalos de rosa...
en mentes infecundas la dulce educación.*

*¡Callad! que se oye un ritmo doliente y funerario
un ritmo que se eleva de todo corazón;
al són de los gemidos del triste campanario
—las almas que te amaron te envían una oración!*

VICK ML ELY.

ORACION AL MAESTRO

Ante la tumba de D. Eduardo Dengo

MAESTRO; vengo a decirte el postrer adiós; vengo a depositar ante vuestra tumba una flor de agradecimiento antes que os confundáis con la tierra que os cobijará, pero mientras contemplo respetuoso aquellos perfumados que otros ya colocaron sobre ella, mil recuerdos afluyen a mi cabeza, y olvidando lo real, sueño veros de nuevo en el colegio sentado frente a los discípulos que atentos os escuchábamos, y no puedo recordar sin profunda tristeza aquel tiempo ya lejano: ¡supísteis ganarnos también nuestros corazones!..

Cumplida vuestra misión nos abandonásteis para siempre: mas, si bien es cierto que para el maestro guarda el tiempo sólo ingratitud y olvido, dormid en paz el sueño eterno porque muchos llevamos gravado tu nombre en el alma, y dura más de cuanto impriman en el mármol lo que se escribe en nuestro corazón.

UN ALUMNO.

San José, 5/4/1915.

MINUTA MUNICIPAL

SESIÓN DEL MIÉRCOLES 7 DE ABRIL... Asistieron González (D. Ernesto), Rosabal (D. Amado), Sáenz (D. Alberto), Martínez (D. José P.), Chaverri (D. Enrique) y el Secretario Sr. Lizano.

1.—Leída el acta anterior, el Regidor González solicita revisión del acuerdo N° 2 relativo a exención de derechos municipales concedida a la Empresa del Salón-Teatro para disfrutar de alumbrado gratuito, manifestando que desde un principio había dado su negativa fundada en razones que expuso y que ahora robustece con otras que expresa. Los Regidores Martínez y Sáenz mantuvieron su opinión favorable a dicha concesión. Puesta a votación la moción González se revocó el precitado acuerdo, quedando en lo demás aprobada el acta que luego se firmó.

2.—El Lic. D. Albino Villalobos presenta un memorial por el cual el señor Juan Cascante en su carácter de interesado y perjudicado solicita revocatoria y subsidiaria apelación del acuerdo en que se previene a don Jacinto Mora quitar la caballeriza establecida en un departamento de la casa que ocupa con su hotel, so pena de suprimir la subvención de que goza dicho hotel. El señor Cascante aduce diversas razones en que apoya su interés y el perjuicio que le resulta con lo dispuesto en el acuerdo que impugna. El Regidor González expone que caso de perjuicios, el responsable sería Mora que fué quien admitió la instalación de la Caballeriza y no el Municipio que en ese sentido no intervino para nada: que por consiguiente niega los recursos interpuestos. El Lic. Villalobos, como personero de Cascante afirma que si no se concede la revocatoria, debe dársele curso a la apelación y expone diversos motivos en apoyo de la solicitud de Cascante y de la personería de éste. El Regidor González consulta su opinión al Regidor Chaverri, quien un tanto exaltado se salió por la tangente haciéndole cargos al Regidor Sáenz y a este periódico local como tergiversador y parcial respectivamente. De tal manera perdió su carril el Sr. Chaverri, que el Presidente le llamó la atención advirtiéndole "que se trataba de resolver el escrito de Cascante". Sometida a votación la solicitud, se resolvió: que no debe tomarse en cuenta lo pedido por Cascante por cuanto a él no se refería el acuerdo, sino al Sr. Jacinto Mora, quien se había conformado con mantener la Caballeriza el tiempo que limita la patente. (Véase la nota del Cronista).

3.—A moción del Regidor Sáenz, se acordó: que en lo sucesivo el Secretario expida una copia exacta de las actas municipales para su publicación en "El Arca". (Véase nota al final).

4.—El Agente de Policía de San Pablo indica la necesidad que existe de ampliar a lo ancho un camino de su jurisdicción, se acordó: solicitar informe al Sr. Gobernador sobre ese particular.

5.—Se nombra a don Ladislao Flores como Relojero público municipal con la dotación mensual asignada en el presupuesto.

6.—A solicitud del Administrador interino de la Planta Eléctrica, don Vicente Fernández, se acordó, de conformidad: acondicionar una habitación para los empleados de la Planta; pedir a Mr. Purdy mande colocar un medidor de fuerza; e instalar un servicio de teléfono entre la Planta y la casa de los estanques.

7.—Estando ya para ponerse al servicio público el alumbrado municipal, se dispuso: nombrar a don Vicente Fernández Matus, Administrador General en propiedad del alumbrado; y como auxiliares a los señores Juan R. Ortiz, Juan J. Chaverri, Alfredo Borbón, Alfredo Cortés, Jorge Sáenz, Reyes Valerio y Dámaso Chaverri, a quienes el Administrador designará, según sus capacidades para maquinistas, motoristas, carboneros, etc., etc.

8.—Comisionase a don Vicente Fernández para que obtenga o formule un Reglamento adaptable al alumbrado público municipal.

9.—Siendo las 9.30 p. m. y habiendo muchos otros asuntos que tratar, el Regidor González hizo moción, que se aprobó, para suspender la sesión y reanudarla extraordinariamente el viernes próximo.

Terminó a las 9.40 p. m.

NOTAS DEL CRONISTA

I.—Al tomar "El Arca" a manera de "Minuta" los acuerdos municipales, lo hace sencillamente para que los representados estén al cabo de saber lo que allí se presenta y se resuelve, ya que—en tratándose de actos públicos—tienen derecho de conocer qué hace su Honorable Representación Cantonal. No es otro el servicio, como no es otro el móvil que nos hemos propuesto. *Servimos al público*, a ese mismo público que nombra sus representantes; no es para servir intereses personales—óigalo bien Sr. Chaverri—que nos tomamos la molestia, por más que *no le cuadre*, que no podamos taquigrafiar sus importantes disertaciones.

II.—Comprendemos que la moción Sáenz, referente a que se nos suministre una copia de las actas municipales, tiende a con-temporizar con el recelo del Sr. Chaverri, si bien nos inhibe del trabajo que nos hemos impuesto para beneficio del *público interesado en su localidad*. Quizá sería mejor la copia, por su carácter oficial que la imprime, no obstante que, como *noticia* para los interesados, la forma no hace al caso, si lo sustantivo es lo que importa.

Pero bien; ¿don Carlos nos daría dicha copia *con seguridad* al día siguiente de la sesión? Hacemos la pregunta porque de lo contrario no nos sería fácil incertar con oportunidad *para el público* el acta respectiva.

Centro de Amigos.—El Comité nombrado para la fiesta que se iba a celebrar el 4 de los corrientes nos recomienda a visar por el presente medio a las personas invitadas, que dicha fiesta se celebrará el domingo 18 del corriente y que la tarjeta de invitación es personal y se exigirá a la entrada.

2,000 colones.—Se desea colocar esa suma al 1% con buena garantía. Para informes en esta Imprenta.

Imp. Herediana, Cordero Hnos